

## IN MEMORIAM

*Erwin H. Ackernecht (1906-1988)*

El 18 de noviembre de 1988, Erwin H. Ackernecht, profesor ordinario emérito de Historia de la Medicina de la Universidad de Zurich, murió en esa ciudad a la edad de ochenta y dos años.

Como muchos de los que actualmente nos dedicamos a la Historia de la Medicina en España, Erwin H. Ackernecht tomó contacto con la Historia de la Medicina cuando era estudiante universitario y ya no la abandonó. Estudió en la Facultad de Medicina de Leipzig, y allí siguió el curso de Historia de la Medicina (segundo semestre, 1925) y formó parte (octavo semestre, 1928), como estudiante, de las actividades del Instituto de Historia de la Medicina dirigido entonces por el suizo Henry Sigerist. Tuvo la inmensa fortuna de descubrir —y dejarse arrastrar por ello— el placer intelectual de la investigación creadora, a la vez que tomaba conciencia de la capacidad de transformación y de análisis que el método histórico aportaba a la medicina actual. El método de las llamadas ciencias naturales dotó a la medicina, a lo largo de los siglos XIX y XX, del rigor propio de las ciencias físico-químicas y biológicas contemporáneas; las ciencias sociales (concretamente la historia) le aportaron, en el primer tercio del siglo XX, la objetiva dimensión de su condición social, y un inestimable instrumento de análisis, tanto de sus contenidos científico-naturales, como de su condición social y personal. Vivir esto último intensamente en uno de los períodos culturalmente más interesantes de Alemania, y en el Instituto de Historia de la Medicina más creador del momento (Leipzig), fue una gran fortuna. Tan en serio lo tomó que acabó haciendo de ello su profesión.

Como profesional protagonizó lo que sin duda fue una de las etapas más creadoras de nuestra disciplina y también de la historia intelectual de Europa. Me refiero, a los pocos pero intensos años en que el Instituto de Historia de la Medicina de Leipzig vivió el frenesí intelectual que supo iniciar y mantener su director Henry Sigerist (con Owsei Temkin y E. Hirschfeld como jóvenes ayudantes, y Stephen d'Irsay, Walter Pagel o Claudius Mayer como investigadores asociados temporalmente, o Grotjahn, von Weizsäcker o el americano Welch como visitantes y conferenciantes habituales, entre otros) y que se materializó en la apenas media docena de números de su anuario *Kyklos*. El contenido de esta revista, fundada por H. Sigerist, fue quizás el más importante motor intelectual que, desde la Historia de la Medicina; nutrió a Pedro Laín Entralgo, y en el que hunde sus raíces su conocido programa de 1950, origen de la Historia de la Medicina rigurosa en España. La audacia y fecundidad

intelectuales de los contenidos de esta revista (cuya lectura todavía recomiendo, aunque no creo que esté completa en ninguna cátedra española), fue el reflejo en nuestra disciplina de lo que la República de Weimar significó, desde la ciencia y las ideas, para la historia intelectual de Alemania y de Europa. Pocos momentos ha habido tan creadores en la Europa del siglo XX. Quizás por eso fue mayor el horror y el vacío que siguieron al año 1933.

No es una casualidad que, al comenzar a glosar la obra histórico-médica de Ackerknecht, haya mencionado a Ternkin y a Laín. Al primero, con el que le unía estrecha amistad, le admiraba desde los tiempos de Leipzig; al segundo, creo que comenzó a estimarlo en su justo valor, tras el contacto con sus discípulos. Todos ellos forman parte de la generación más creadora de nuestra disciplina. Ellos iniciaron caminos todavía no concluidos (y, por desgracia, muchas veces abandonados por la mediocridad intelectual, modas de la comunidad científica, o por la corrupción administrativa que aúpa a los puestos profesionales a los pícaros en lugar de a los competentes) y marcaron para siempre la actitud y la pautas básicas metodológicas que deben estar presentes en quienes, por afición o por profesión, quieren hacer del método histórico otro método (ni mejor ni peor) para hacer de la medicina una tarea más científica, más justa y más humana.

Los historiadores de la medicina españoles hemos perdido un gran amigo y valor. Su amor por la democracia y la justicia, y su condición de socialista en los años 20-30, le llevó a la simpatía y colaboración con la causa republicana, desde París, en nuestra guerra civil. Su amor por nuestras cosas ya no le abandonó. Su conocimiento de España era notable y profundo. Gran lector en castellano y dotado de una gran curiosidad por lo que se hacía en nuestra patria, el resultado de sus lecturas aparecía con cierta regularidad en las reseñas que publicaba, desde su estancia en Zurich, en *Gesnerus*. Más de una vez llamó la atención de la comunidad científica internacional sobre trabajos valiosos que se producían en España y que, por estar en castellano, pasaban desapercibidos; en varias ocasiones recomendó la traducción al inglés de un libro originalmente escrito en castellano por un autor español, y más de una vez estimuló a historiadores de la medicina españoles a abrirse al mercado internacional, aconsejándoles que aprendiesen a comunicarse fluidamente en inglés, y a que publicasen en revistas anglosajonas los resultados de sus trabajos de investigación.

La intensidad de su vida y los países visitados y vividos, le dotaron de una madura melancolía y de una perspectiva tales que hacían que fuera prudente escuchar su consejo y, desde luego, tenerlo en cuenta. Hombre de estilo directo y juicio agudo y pronto, tenía fama de terrible. A ello le acompañaba su estatura, su cabello abundante y pelirrojo y unos ojos pequeños, vivos e inquisidores, y un tanto chun-gones. No solía tener pelos en la lengua. Su estilo directo lo suavizaba con la amabilidad de una tremenda humanidad que sabía escuchar; tenía el don de saber perder el tiempo conversando con jóvenes llegados de un país como España. Sabía transmi-

tirte que también para él era importante esa conversación, y te hacía repetir con minuciosidad los detalles de tu trabajo y los últimos resquicios de tu investigación, no dudando en discutir las razones de su disconformidad, o en subrayar con adjetivos estimulantes lo que él juzgaba una novedad o un enfoque fecundo. Su vida y su actitud quizás contrastaban más en la placidez suiza, país al que llegó en 1957, desde la Universidad de Wisconsin, para ocupar la cátedra de Historia de la Medicina y de la Biología de Zurich, a la vez que para dirigir el Museo de Historia de la Medicina de la Universidad. Allí le conocí en 1972.

Como él mismo ha contado, tras doctorarse en medicina en Leipzig (1931), con una tesis sobre las reformas médicas en el movimiento revolucionario alemán en 1848 (*Beiträge zur Geschichte der Medizinalreform 1848*), su convencimiento marxista le llevó a exiliarse a Francia en 1933 (mientras que sus compañeros de Leipzig habían marchado o marchaban a Estados Unidos o a Inglaterra), formando parte de los centenares de científicos alemanes que tuvieron que salir de su patria debido al nazismo. En Francia acabó de vivir una crisis intelectual y personal, al no descubrir en el marxismo (vivido desde el extremismo troskista) la respuesta última a los problemas de la organización social; estudió antropología y se graduó en esta disciplina en la Sorbona (1939), teniendo como maestro, entre otros, a Lucien Levy-Bruhl. Participó en la primera fase de la Guerra Mundial como miembro del ejército francés. En 1941 marchó a Estados Unidos. Allí estuvo cuatro años en Baltimore, en la Johns Hopkins, en cuya Facultad de Medicina Henry Sigerist ocupaba por entonces la cátedra de Historia de la Medicina. Allí trabajó como investigador (research fellow) en Historia de la Medicina, pero su tarea principal fue continuar sus trabajos sobre antropología, recibiendo la influencia del funcionalismo americano de Ruth Benedict. Luego, durante dos años (1945-47) estuvo trabajando en el Museo Americano de Historia Natural (Nueva York), cuya gran biblioteca y ricos materiales antropológicos le permitieron tener al alcance de su mano los elementos adecuados con los que escribió sus importantes artículos sobre medicina primitiva, con su análisis de los tres aspectos de la misma, el mágico, el social y el psicológico-psicopatológico; ello significó, en el panorama intelectual mundial, la aparición de la subdisciplina conocida con el nombre de «Etnología o antropología médica». Todavía hoy son material indispensable para cualquiera que, desde la medicina, la antropología o la sociología, quiera preguntarse sobre el papel que la medicina jugó en las sociedades primitivas. Me cupo el honor de traducirlos al castellano en 1980 (Madrid, Ed. Akal), acompañados de un prólogo escrito por Ackerknecht, y de un nuevo capítulo que él quiso añadir para esta edición. Su contacto con estas ciencias sociales fue de extraordinaria utilidad para su posterior trabajo como historiador de la medicina francesa post-revolucionaria, pues le permitió preguntarse (y responder), qué hace y cómo funciona la medicina en una sociedad dada. De ahí partió lo que él llamó forma conductista de acercamiento a la Historia de la Medicina (*J. Hist. Med.*, 22, 1967, 211-214), extremadamente útil, por ejemplo, para el análisis de lo que la medicina significó en minorías marginadas de una medicina europea ya perfecta-

mente establecida y dominante, o para el estudio de la medicina (tanto a nivel de ideas como de práctica médica) en las sociedades bajomedievales europeas, especialmente las del Mediterráneo occidental. Período este último, bastante dejado de lado por él, quizás porque ni él mismo, enemigo de los dogmatismos y aprioris, supo verse libre del fantasma de una historiografía tradicional y anticlerical que asociaba el medievo con el dominio de la Iglesia y con la etapa negra (Dark Age) de Europa. No obstante, de él recibí los mejores ánimos para seguir con la edición crítica de Arnau de Vilanova, tal como fue planteada (y sigue) en 1974, y él fue el primero en hacerme ver la fecundidad y utilidad de la antropología-sociología histórica para el estudio del funcionamiento de la medicina en las minorías hispanas, concretamente entonces la morisca. Sin su ayuda (primero de la lectura de sus artículos, luego de sus palabras y reflexiones en mis ocasionales visitas a su despacho de la Biblioteca médica de Zurich, donde trabajaba tras su jubilación, en 1971), no creo que hubiera caído en la cuenta del problema de la medicina en la minoría morisca en la España del siglo XVI, ni de determinados enfoques en el análisis de la función de las medicinas, y de las distintas formas de médico, en la sociedad bajomedieval.

Su práctico abandono de la antropología médica coincidió con su vuelta a la Historia de la Medicina académica cuando le ofrecieron la posibilidad de crear el departamento de esta disciplina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Wisconsin. Como profesor, cumplió con una de las obligaciones no escritas del mundo académico al publicar uno de los mejores manuales para estudiantes de Historia de la Medicina (New York, 1955), continuamente reeditado y puesto al día desde entonces. Allí escribió la biografía más interesante que se ha escrito sobre la compleja personalidad científica y política de Rudolf Virchow (Madison, 1953). Sólo un hombre como Ackerknecht, conocedor de primera mano de la medicina alemana que siguió a 1848, médico y antropólogo, con una sensibilidad y formación especiales en sociología histórica de la medicina, poseía los instrumentos intelectuales adecuados para esa empresa. En realidad, desde la perspectiva de su biografía científica, fue un libro de transición de la antropología a la historia de la medicina normal. En ella se instaló plenamente desde 1957, en que volvió a Europa para hacer de Suiza y de Zurich su casa definitiva. Ocupó, como hemos dicho, la cátedra de Historia de la Medicina y de Biología y, al mismo tiempo, la dirección del Museo de Historia de la Medicina de la Universidad. En ambos casos trabajó intensamente como docente y formador de nuevos profesionales, desplegando al mismo tiempo un importante trabajo investigador en historia de la psiquiatría y en la historia de la formación de la medicina contemporánea. Sin duda ninguna, sus contribuciones más importantes fueron sus trabajos en torno a la medicina francesa post-revolucionaria y europea del siglo XIX. Las llamadas «medicina hospitalaria» y «medicina de laboratorio», junto con el análisis por Laín de las «tres mentalidades (anatomoclínica, fisiopatológica y etiológica)», constituyen hoy auténticas claves intelectuales para el cabal entendimiento de la medicina europea contemporánea; dichos conceptos forman hoy día parte de la enseñanza normal de nuestra disci-

plina. La pronta traducción al castellano, por la mítica Eudeba argentina, de su modélico manual sobre historia de la psiquiatría popularizó su nombre entre los psiquiatras de habla castellana.

Supo ofrecer, además, la lección de su entereza viviendo sus últimos diez años con una penosa enfermedad, sobre la que era capaz de ironizar, sin por ello abandonar la actividad intelectual, desde la humilde reseña hasta la nota o artículo de investigación. Su vida se mantuvo hasta el final fiel a sus principios socialistas (aunque no militase ya en partido marxista alguno), con un fuerte sentido de la dignidad y de la libertad y enemigo siempre de la chapuza y la componenda; mantuvo una cruzada auténtica contra la mediocridad intelectual, contra los dogmatismos de cualquier signo, y contra la banalización de los principios de una ética basada en la libertad, el rigor profesional, la justicia y la dignidad del hombre.

LUIS GARCÍA BALLESTER